

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo XLVI. En que se da fin, la notable aventura de los quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen cavallero Don Quixote.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1676

y se le entregò rendida à todo su talante, y voluntad? Y finalmente, que cavallero andante ha avido, ày, ni avrà en el mundo, que no tenga brios para dar el solo quatrocientos palos à quatrocientos quadrilleros que se le pongan delante?

CAPITULO XLVI.

En que se da fin, a la notable aventura de los quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen Cavallero Don Quixote.

EN tanto que Don Quixote esto dezia, estava persuadiendo el Cura à los quadrilleros, como Don Quixote era falto de juyzio, como lo veyan por sus obras, y por sus palabras, y que no tenian para que llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendiessen y llevassen, luego le avian de dexar por loco: A lo que respondiò el del mandamiento; que à el no tocava juzgar de la locura de Don Quixote, sino hazer lo que por su mayor le era mandado; y que una vez preso, si quièra lo soltassen trezientas. Con todo esso, dixo el Cura, por esta vez no le avèys de llevar; ni aun el dexarà llevarse, à lo que yo entiendo. En efeto tanto les supò el Cura dezir, y tantas locuras supò Don Quixote hazer, que mas locos fuèran que no el, los quadrilleros, sino conocièran la falta de Don Quixote; y assi tuvièron por bien de apaziguarse, y aun de ser medianeros de hazer las pazes entre el barbero y Sancho Pança, que todavia insistian con gran rancor en su pendencia. Finalmente ellos, como miembros de justicià, mediaron la causa, y fuèron arbitros della, de tal modo, que ambas partes quedaron, sino del todo contentas, alomenos en algo satisfechas,

L I 2

porque



porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y xaquimas. Y en lo que tocava à lo del yelmo de Mambrino, el Cura à focapa y sin que Don Quixote lo entendièsse, le diò por la bazia ocho reales; y el barbero le hizo una cedula del recibo, y de no llamarse à engaño por entonces, ni por siempre jamas Amen.

SOSSEGADAS, pues, estas dos pependencias, que eran las mas principales, y de mas tomo, restava que los criados de Don Luys se contentassen de bolver los tres, y que el uno quedasse para acompañarle donde Don Fernando le queria llevar. Y como ya la buena fuerte, y mejor fortuna avia comenzado à rompèr lanças, y à facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta, y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo, y dar à todo felice suceffo, porque los criados se contentaron de quanto Don Luys queria; de que recibìo tanto contento Doña Clara, que ninguno en aquella fazon la mirara al rostro, que no conocièra el regocijo de su alma. Zorayda, aunque no entendia bien todos los suceffos que avia visto, se entristecia, y alegrava à bulto, conforme veya y notava los semblantes à cada uno, especialmente el de su español en quien tenia siempre puestos los ojos, y traça siempre colgada el alma. El ventero (a quien se le passò por alto la dàdiva, y recompensa, que el Cura avia hecho al barbero) pidiò el escòte de Don Quixote, con el menoscabo de sus cueros, y falta de vino, jurando que no saldrìa de la venta Rozinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagasse primero hasta el ultimo ardite. Todo lo apaziguò el Cura, y lo pagò Don Fernando, puesto que el Oydor de muy buena voluntad avia tambien ofrecido la paga; y de tal
manera

manera quedàron todos en paz, y fofiego, que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como Don Quixote avia dicho, fino la misma paz, y quietud del tiempo de Otaviano: De todo lo qual fuè comun opinion, que se devian dar las gracias à la buena intencion, y mucha eloquencia del feñor Cura, y à la incomparable liberalidad de Don Fernando.

VIENDOSE, pues, Don Quixote libre, y desembargado de tantas pendencies, assi de su escudero, como fuyas, le pareciò que feria bien seguir su començado viage, y dar fin à aquella grande aventura, para que avia sido llamado y escogido: Y assi con resoluta determinacion se fuè à poner de hinojos ante Dorotea, la qual no le confintió, que hablàsse palabra hasta que se levantàsse, y el por obediencia se puso en pie, y le dixo: Es comun proverbio, hermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura; y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia, que la sollicitud del negociante trae à buen fin el pleyto dudoso: Pero en ningunas cosas se muestra mas esta verdad, que en las de la guerra, à donde la celeridad, y presteza previene los designios del enemigo, y alcanza la vitoria antes que el contrario se ponga en defensa. Todo esto digo, alta, y preciosa señora, porque me parece, que la estada nuestra en este castillo yà es fin provecho, y podria fernos de tanto daño, que le echàffemos de ver algun dia; porque quien sabe, si por ocultas y diligentes espías avrà sabido ya vuestro enemigo el Gigante, de que yo voy à destruirle, y dándole lugar el tiempo, se fortificàsse en algun inexpugnable castillo, ò fortaleza contra quien valièssen
poco

poco mis diligencias, y la fuerça de mi incansable braço? Assi que, Señora mia, prevengàmos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partàmonos luego à la buena ventura, que no està en mas de tenerla vuestra grandeza, como desèa, de quanto yo tarde à verme con vuestro contrario. Callò, y no dixo mas Don Quixote, y esperò con mucho sossiego la respuesta de la hermosa Infanta; la qual con ademan señoril, y acomodado al estilo de Don Quixote, le respondiò desta manera: Yo os agradezco, Señor Cavallero, el desèo, que mostràys tener de favorecerme en mi gran cuyta, bien assi como cavallero, à quien es anexo y concerniente el favorecer los huerfanos, y menesterosos; y quiera el Cielo, que el vuestro y mi desèo se cumpla, para que veàys, que ay agradecidas mugeres en el mundo: Y en lo de mi partida, sea luego; que yo no tengo mas voluntad que la vuestra: Disponed vos de mi à toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregò la defenfa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus señorios, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare. A la mano de Dios, dixo Don Quixote; pues assi es, que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de levantalla, y ponella en su heredado trono. La partida sea luego, porque me và poniendo espuelas el desèo, y el camino; porque fuele dezirse, que en la tardanza està el peligro: Y pues no ha criado el Cielo, ni visto el Infierno ninguno que me espante, ni acobarde, enfilla Sancho à Rozinante, y apareja tu jumento, y el Palafren de la Reyna, y despedàmonos del castellano, y destes Señores, y vamos de aqui luego al punto.

punto. Sancho, que à todo estàva presente, dixo meneando la cabeça à una y otra parte: Ay Señor, Señor, y como ay mas mal en el aldeguela, que se fuena (con Perdon sea dicho de las tocas honradas) Que mal puede aver en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, dixo Don Quixote que pueda sonarse en menoscabo mio, villano? Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré y dexaré de dezir lo que soy obligado como buen escudero, y como deve un buen criado dezir à su Señor. Dì lo que quisieres, replicò Don Quixote, como tus palabras no se encaminen à ponerme miedo; que si tu le tienes, hazes como quien eres; y si yo no le tengo, hago como quien soy. No es esto, pecador soy yo à Dios, respondió Sancho, fino que yo tengo por cierto y por averiguado, que esta Señora, que se dize ser Reyna del gran Reyno Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque à ser lo que ella dize, no se anduvièra hoçicando con alguno de los que estàn en la rueda à buelta de cabeça, y à cada traspuesta. Paròse colorada con las razones de Sancho Dorotea; porque era verdad que su esposo Don Fernando alguna vez à hurto de otros ojos, avia cogido con los labios parte del premio que merecian sus desèos: Lo qual avia visto Sancho, à quien le pareciò, que aquella desemboltura mas era de dama cortefana, que de Reyna de tan gran Reyno: Pero Dorotea no pudo, ni quiso responder palabra à Sancho, fino dexòle proseguir en su plàtica; y el fuè diziendo: Esto digo, Señor, porque si al cabo de aver andado caminos y carreras, y passado malas noches, y peores dias, ha de venir à coger el fruto de nuestros trabajos el que se està holgando en esta venta, no ay
para



para que darme priessa à que enfille à Rozinante, albarde el jumento, y aderece el palafren, pues serà mejor, que nos estemos quedos; y cada puta hile, y comamos. O vâlame Dios, y quan grande fuè el enojo que recibì Don Quixote, oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo, que fuè tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lançando vivo fuego por los ojos, dixo: O vellaco, villano, mal mirado, descompuesto, è ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador, y maldiziente! Tales palabras has osado dezir en mi presencia, y en la destas inclitas señoras? Y tales deshonestidades, y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion? Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, filo de vellaqueras, inventor de maldades, publicador de fandezes, enemigo del Decoro que se deve à las reales personas. Vete, no parezcas delante de mi, fo pena de mi ira; y diziendo esto, enarcò las cejas, hinchò los carrillos, mirò à todas partes, y diò con el pie derecho una gran patada en el suelo: Señales todas de la ira que encerrava en sus entrañas. A cuyas palabras y furibundos ademanes quedò Sancho tan encogido y medroso, que se holgàra, que en aquel instante se abriera debaxo de sus pies la tierra, y le tragàra. Y no supo que hazerse, sino bolver las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de Don Quixote, dixo para templarle la ira: No os despechèys, señor cavallero de la triste figura, de las fandezes que vuestro buen escudero ha dicho; porque quiçà no las deve de dezir sin ocasion; ni de su buen
entendi-

entendimiento, y Christiana conciencia se puede sospechar, que levante testimonio à nadie, y assi se ha de creèr, sin poner duda en ello; que como en este castillo, segun vos, señor Cavallero, dezis, todas las cosas van, y suceden por modo de encantamiento: Podria ser, digo, que Sancho huvièsse visto por esta diabolica via, lo que el dize, que viò tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dixo à esta fazon Don Quixote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto; y que alguna mala vision se le pùso delante à este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuèra imposible verse de otro modo, que por el de encantos no fuèra; que sè yo bien de la bondad, è inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios à nadie. Assi es, y assi serà, dixo Don Fernando, por lo qual deve vuestra merced, señor Don Quixote, perdonalle, y reduzille al gremio de su gracia *sicut erat in Principio*, antes que las tales visiones le sacàssen de Juyzio. Don Quixote respondiò, que el le perdonava; y el Cura fuè por Sancho, el qual vino muy humilde; y hincàndose de rodillas, pidiò la mano à su amo, y el se la diò, y despues de avèrsela dexado besar, le echò la bendicion, diciendo: Agora acabaràs de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que ya otras muchas vezes te he dicho, de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamiento. Assi lo creo yo, dixo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucediò por via ordinaria. No lo creas, respondiò Don Quixote, que si assi fuèra, yo te vengàra entonces, y aun agora: Pero ni entonces, ni agora pude, ni vi en quien tomar vengança de tu agravio. Deseàron saber to-

T O M. II.

M m

dos,



dos, que era aquello de la manta; y el ventero les contó punto por punto la volateria de Sancho Pança, de que no poco se riéron todos; y de que no menos se corriera Sancho, si de nuevo no le asegurara su amo, que era encantamiento; puesto que jamas llegó la fandez de Sancho à tanto, que creyèsse no ser verdad pura y averiguada sin mezcla de engaño alguno lo de aver sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas, ni imaginadas, como su señor lo creya, y lo afirmava.

Dos dias eran ya passados los que avia, que toda aquella ilustre compañia estava en la venta, y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, diéron orden para que sin ponerse al trabajo de bolver Dorotea y Don Fernando con Don Quixote à su aldea con la invencion de la libertad de la Reyna Micomicona, pudièssen el cura y el barbero llevarsele como desèavan, y procurar la cura de su locura en su tierra. En tanto que esto se tratava, Don Quixote se fue à reposar de las passadas fatigas sobre la cama; y asilo que ordenaron fue, que se concertaron con un carretero de bueyes (que à caso acertò à passar por alli) para que lo llevàsse en esta forma. Hizièron una como Jaula de palos enrejados, capaz que pudièsse en ella caber holgadamente Don Quixote; y luego Don Fernando y sus camaradas con los criados de Don Luys, y los quadrilleros juntamente con el ventero, todos por orden y parecer del cura se cubrieron los rostros y se disfracaron, quien de una manera, y quien de otra, de modo que à Don Quixote le parecièsse ser otra gente de la que en aquel castillo avia visto. Hecho esto, con grandissimo silencio se entraron à donde el estava.

estàva durmiendo, y descansando de las passadas refriegas. Llegaronse à el (que libre y seguro de tal acontecimiento dormìa) y asiendole fuertemente, le ataron muy bien las manos, y los pies de modo, que quando el despertò con sobrefalto, no pudo menearse, ni hazer otra cosa mas, que admirarse, y suspenderse de ver delante de si tan estraños visages. Y luego diò en la cuenta de lo que fu continua, y desvariada imaginacion le representava, y se creyò, que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguno ya estàva encantado, pues no se podia menear, ni defender. Todo apunto como avia pensado, que sucederìa, el Cura traçador desta maquina: Solo Sancho de todos los presentes estàva en su juyzio y en su mesma figura, el qual, aunque le faltava bien poco para tener la mesma enfermedad de su amo, no dexò de conocer quienes eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osò descofer su boca, hasta ver en que parava aquel asfalto, y prision de su amo, el qual tampoco hablava palabra, atendiendo à ver el paradero de su desgracia, que fuè; que trayendo alli la Jaula, le encerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemente, que no se pudiesen romper à dos tirones. Tomaronle luego en ombros, y al salir del aposento se oyò una voz temerosa, todo quanto la supo formar el barbero (no el del albarda, sino el otro) que dezia. O Cavallero de la triste figura! no te dè afincamiento la prision en que vas, porque assi conviene para acabar mas presto la aventura, en que tu gran esfuerço te ha puesto, la qual se acabará, quando el furibundo Leon manchego con la blanca paloma tobofina se unièren en uno,

M m 2

ya



ya despues de humilladas las altas cervizes al blando yugo matrimoñesco: De cuyo inaudito conforcio saldràn à la luz del orbe los bravos cachorros, que imitaràn las rumpantes garras del valeroso padre: Y esto serà antes que el seguidor de la fugitiva Ninfa faga dos vegadas à la visita de las luzientes imagines con su ràpido y natural curso. Y tu, ó el mas noble y obediente escudero, que tuvo espada en cinta, barbas en rostro, y olfato en las narizes, no te desmaye, ni descontente ver llevar assi delante de tus ojos mesmos à la flor de la Cavalleria andante; que presto, si al Plasmador del mundo le plaze, te veràs tan alto, y tan sublimado, que no te conozcas; y no saldràn defraudadas las promessas que te ha fecho tu buen Señor. Y assigùrote de parte de la sàbia Mentironiana, que tu Salario te serà pagado, como lo veràs por la obra; y figue las pisadas del valeroso y encantado cavallero, que conviene que vayas donde pareys entrambos: Y porque no me es licito dezir otra cosa, à Dios quedad, que yo me buelvo à donde yo me sè. Y al acabar de la profecia alçò la voz de punto, y disminuyòla despues con tan tierno acento, que aun los fabidores de la burla estuvièron por creèr, que era verdad lo que oyan.

QUEDÒ Don Quixote consolado con la escuchada profecia, porque luego coligiò de todo en todo la significacion della; y viò que le prometian el verse ayuntado en fanto y devido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo feliz vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la mancha. Y creyendo esto bien y firmemente, alçò la voz, y dando un gran suspiro, dixo:

dixo: O tu quien quiera que feas, que tanto bien me has pronosticado, ruègote, que pidas de mi parte al sabio encantador, que mis cosas tiene à cargo, que no me dexé perecer en esta prision, donde agora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres, è incomparables promessas, como son las que aqui se me han hecho: Que como esto sea, tendré por gloria las penas de mi carcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda, y tálamo dichoso. Y en lo que toca à la consolacion de Sancho Pança mi escudero, yo confio de su bondad, y buen proceder, que no me dexará en buena, ni en mala suerte: Porque quando no fuceda por la fuya, ò por mi corta ventura el poderle yo dar la infula, ò otra cosa equivalente, que le tengo prometido, por lo menos su salario no podrá perderse; que en mi testamento, que ya está hecho, dexo declarado lo que se le ha de dar, no conforme à sus muchos y buenos servicios, sino à la posibilidad mia. Sancho Pança se le inclinò con mucho comedimiento, y le besò entrambas las manos, porque la una no pudièra, por estar atadas entrambas. Luego tomàron la jaula en ombros aquellas visiones, y la acomodàron en el carro de los bueyes.

C A P I -

